El Eco de Cartagena.

AÑO XXX.—NUM. 8674 | DIARIO DE LA NOCHE. | TELÉFONO NÚM. 58

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—*Provincias*, tres meses, 7'50 id.—*Extranjero*, tres meses, 11'25 id.—La suscrición empezará á contarse desde 1.° y 16 de cada mes.
Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador, *D. Emilio Garrido López.*

LAS SUSCRICIONE Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24.

Viernes 26 Septiembre 1890.

ECHEGARAY Y GALDÓS
EN AMÈRICA.

Con razón ha tenido cerrada sus puertas la Real Academia Española á dos de los literatos de más valía de nuestra patria. Perdónenos la docta corporación que alguna vez la hayamos censurado, aunque sin toda la dureza que merecía, por preferir á Echegaray, el dramaturgo más fecundo, más original y más extraordinario de nuestros tiempos, y á Pérez Galdós, el autor de los *Episodios Nacionales*, el novelista cuyas obras se agotan en España casi al mismo tiempo de ser puestas á la venta, y se traducen á todas las lenguas cultas. Estábamos obcecados, y la pasión nos privaba del conocimiento. Afortunadamente, ha llegado á nuestras manos un periódico de La Plata con una carta de su corresponsal en Madrid, y su lectura nos ha sacado del error.

Porque ese Echegaray que tantos entusiasmos despierta en el público, y tantas borrascas desencadena con sus dramas, en las esferas de la literatura y del arte, «no sabe escribir en castellano.»

Sí, lo dice el corresponsal español de *La Política* de La Plata:

«Su habla en prosa es una jerigonza, de frases hechas, imágenes desencajadas, hipérboles huecas, paradojas de mal gusto, y arcaismos y neologismos mezclados en un pisto infernal. No tiene estilo y carece por completo de sindéresis y de gusto. ¿Y qué diremos de sus versos? Jamás se escribió en España peor que lo hace el señor Echegaray cuando intenta versificar. Duro, premioso, incorrecto, no acierta á hacer una redondilla mediana.».

Y ese Galdós de finísimo talento, de observación, sobre no saber tampoco escribir en castellano, ha perdido con sus novelas la reputación que le dieron sus episodios.

¡Cuán arrepentida estará ahora la Academia de haberlos admitido *por fin* en su seno! ¡No hubiera sucedido esto, si hubiese ocupado el sillón que desea, el autor de esas correspondencias á los periódicos sudamericanos, y autor también de cierta poesía en que llamaba *eximio* al Sr. Cañete, y de aquella otra que, según *Clarín*, lo mismo resultaba leída del derecho que del revés. Pero á bien que ya se encargará él con sus correspondencias para América de corregir tales desmanes y aquilatar allá el verdadero valor de nuestros literatos.

Algo le ha de contener el temporal que contra su persona se ha desatado en otros periódicos americanos (que también él tiene, como Echegaray, fuerza para desencadenar tormentas); mas no debe por eso cejar en su empeño de enseñar en América qué literatos castellanos tienen *bien templada lira* y cuáles no saben escribir.

Todos los grandes hombres son objeto de críticas acerbas, y no es extraño que un periódico de La Plata, *El Municipio* haya dirigido al corresponsal madrileño, en unos cuantos artículos que le ha dedicado, algunas que encabezan las siguientes frases, las más suaves de todas:

«Con un ataque á semejanza del falderillo que ladra á un dogo, y una censura estúpida, se ha iniciado por estos pagos, á guisa de cronista, el hispano *poeta* de tercer orden, José Velarde.»

Que es el crítico de Echegaray y Pérez Galdós.

Por si Vds. no lo sabían.

LA DUQUESA DE UZÉS

Fuera del radio que abarca la capital de Francia, y exceptuando el departamento de la Gironda, hace unos días que el resto de Europa ignoraba por completo que existiese la mujer cuyo título nobiliario aparece al frente de estas líneas. Las indiscreciones de Mermeix, redactor del «Fígaro,» al descorrer el telón político y ofrecer á la consideración del mundo la comedia que por espacio de algunos meses ha venido representándose en París, ha dejado al descubierto no solo «les coulisses du boulangisme,» como en figurado lenguaje titula el autor á la inesperada exhibición, si que también á todos cuantos actores, buenos y malos, han desempeñado papel más ó menos importante en la comedia boulangerista.

A la duquesa de Uzés corresponde uno de los principales, y no ciertamente porque se lo asignemos nosotros, ni porque Mermeix se lo haya, con mayor ó menor razón, adjudicado, sino porque así resulta, ante el público, después de conocida en todos sus detalles la obra representada.

El afán de algunas mujeres por figurar en la política es achaque en las de todos los tiempos y en las de las naciones todas.

Con solo abrir por cualquiera de sus páginas la Historia Universal, veremos, sin necesidad de entregarnos á un minucioso trabajo indagatorio, que en las pasadas edades, como en los tiempos medio evales, del mismo modo que en la época moderna, la mujer ha tenido intervención más ó menos directa, en mayor ó menor grado, pero intervención al cabo, en el gobierno de las naciones y en la marcha y desarrollo de los sucesos políticos.

En Francia, donde el femenino afán de notoriedad política parecía haber desaparecido al desaparecer el último imperio, son varias las mujeres que intervienen en la marcha de la cosa pública y hacen pesar su influencia, inclinando la balanza en determinado sentido, siempre que tal conducta les conviene.

Cierto que estas damas, discretamente ocultas, realizan su juego en la sombra, y éste no puede ser, bajo el gobierno republicano, lo que sería con la institución monárquica; pero es menos cierto que hay quien, como la duquesa de Uzés, profesa ideas subversivas (hablamos de Francia) y trabaja en pro de sus ideales con la misma constancia, con el mismo entusiasmo con que pudiera hacerlo el hombre más convencido.

Hija de la Sra. Cliquot, propietaria de la marca de Champagne que lleva su nombre, la dama de quien nos ocupamos, heredó á la muerte de su madre una fortuna de diez y ocho á veinte millones de francos, y esta fortuna se aumentó algún tiempo después hasta la cifra de treinta y tres millones por el casamiento de su feliz poseedora con el duque de Uzés, de quien tomó el título que hoy ostenta.

¿Obedecía la duquesa al deseo de continuar las tradiciones de las grandes damas de la Gironda, al entregarse á la política, ó pretendió solo distraerse gastando en tonto parte de su inmensa fortuna?

No lo sabemos; los periódicos franceses no nos dan pormenores que nos permitan formar juicio concreto acerca de este asunto por más que no falta quien apunte que uno de los móviles de la duquesa, al prestar su dinero al boulangerismo, fue el deseo de cobrar capital é intereses al advenimiento de la monarquía.

Sea de ello lo que fuere, obrase por cálculo ó por convicción, lo indudable es que la duquesa de Uzés se echó resueltamente en brazos de la política, y atenta á la consecución de su objetivo, que no era otro que el restablecimiento de la monarquía, ayudó con todas sus fuerzas á Boulanger, creyendo con la mejor buena fe del mundo, que, elevado ese personaje á la primera magistratura del Estado, no tardaría, obligado por la fuerza de las circunstancias ó por ineludibles compromisos, en dejar su alto puesto restaurando por sí mismo la monarquía. Solo así se comprende que entregase al partido del general, no solo su nombre, respetable y respetado, sino su propia posición social y donativos tan cuantiosos, que ascienden á la respetable suma de tres millones de francos.

Tan convencida estaba de que ayudando á Boulanger ayudaba la causa del conde de París, tanto podía en la duquesa su fanatismo y su pasión por la política, que un periódico francés refiere, para probarlo, la siguiente anécdota:

«Tenía la duquesa en su gabinete particular dos bustos en yeso, retrato uno del joven duque de Orleans y otro del general Boulanger.

Cierto día, el duque de Lugues, casado con la Srta. Simona de Uzés, hija de la duquesa, entró en la habitación, y sonriendo, dijo á su madre política:

—Esas dos estatuas están rabiando de verse ahí juntas.

—Y por qué? gritó la duquesa encolerizada; pero sin duda hubo de reflexionar un instante y llamando á un criado, le dijo:

—Quite usted de ahí ese busto, el del duque de Orleans, y súbale á la bohardilla.»

Creemos que hoy, después del escándalo producido por la revelaciones de Mermeix, la amistad de la duquesa de Uzés para con el general Boulanger se habrá enfriado bastante; y decimos que lo creemos, porque, según los periódicos franceses, la señora se niega á celebrar conferencias y no quiere manifestar á ningún periodista sus impresiones.

Suponiendo que sea así, fuerza es confesar que la conducta observada por la duquesa revela todo un carácter, pues no se hacen los sacrificios que ella se ha impuesto, sin poseer mucha energía, extraordinaria perseverancia y generosidad sin límites.

P. Eduardo de Bray.

MONEDA FALSA

Un periódico de Barcelona da cuenta en estos términos del descubrimiento de una fábrica de moneda falsa:

El viernes el Juzgado de Igualada trasladóse á la población de Orpi, y personóse en la fábrica de hilados del Sr. Amat.

La diligencia era hija de una denuncia, según la cual en el expresado establecimiento existía una fábrica de moneda falsa.

El juez de Igualada, acompañado del señor Amat, practicó un minucioso registro sin que éste diera ningún resultado.

Visitadas y registradas las dependencias del edificio, dirigióse el Juzgado á las afueras, y al llegar al salto de agua que sirve para poner en movimiento la turbina, el alguacil se fijó en una portezuela que se divisaba debajo de una canal.

—¿Esta puerta?...—preguntó el alguacil.

—Hace más de treinta años que no se ha abierto —contestó el Sr. Amat.

El juez ordenó que se abriera, y entonces el dueño de la fábrica dijo que iba en busca de un hierro para poder cumplimentar la orden más fácilmente.

Parece que el fabricante se dirigió entonces á su casa, y que una vez en ella, dijo á su hijo que se veía perdido y que se preparase á huir con él inmediatamente.

Con su astucia y guardando una sangre fría á toda prueba, logró burlar á un mozo de la Escuadra, que permanecía en la casa, y salió con su hijo á la calle para confundirse poco después entre el arbolado de los montes vecinos.

Mientras tanto, uno de los mozos que acompañaban al juez valióse de una bayoneta para intentar abrir la puerta antes de que el Sr. Amat volviese provisto del hierro que había ido á buscar.

Con la bayoneta logró su objeto, y abierta ya la puerta púsose de manifiesto la maquinaria para acuñar monedas de cinco pesetas y de 2'50.

Realizado el descubrimiento, en vano esperaba el juez el regreso del monedero, pues, como ya hemos dicho, éste había ya volado.

Inmediatamente se dió la voz de alarma y se tocó á somatén, saliendo muchos vecinos en busca del fugitivo.

Todo fué inútil.

El presupuesto monedero falso anduvo tan ligero, que no supo solo evadir la persecución de que era objeto, sino que llegó á Igualada con tiempo sobrado para entrar en un estanco á comprar una letra y dirigirse á casa de un banquero á efectuar una operación de crédito en virtud de la cual hízose con fondos para huir, juntamente con su hijo.

Variedades.

EL TONTO DE MI LUGAR

Era más chusco que el tonto de Sevilla. Aquel se limitaba á proponer el cambio de un pan duro por dos tiernos. Y á llenar de monedas de cinco duros un cuerno, para pasear luego el improvisado bolso gritando como un energúmeno:

—¿A quién se le ha perdido esto?

El de mi tierra descendía en línea recta de aquel baturro, que armaba camorra á sus compañeros siempre que se trataba de hacer un buen gazpacho, poniendo cada cual la parte que le correspondiera.

—Ustedes ponen el pan y el aceite, decía ingénuamente, y yo me encargo de traer el agua fresquita y «tierna.»

Y como los demás no se avinieran á semejante trato, ponía término á la cuestión con estas palabras:

—Bueno, se acabó la disputa. Pongan ustedes el agua... y el pan y el aceite y todo lo que haga falta y yo pondré la boca.

Por simpleza satisfacía casi siempre sus deseos, antojos y caprichos, á costa de los demás que cambiaban la ocurrencia con grandes carcajadas.

En las procesiones el tonto llegaba el último y se ponía delante de todos para ver mejor el desfile de imágenes y nazarenos.